

# Carta del Presidente



Hablemos de ética.

Es difícil aceptar que un hombre común, por el solo hecho de vestirse de blanco y exhibir un diploma de médico, pueda disponer de las vidas de los demás hombres como él. ¿Cuál es el poder que le otorgan esa ropa y ese diploma para dictaminar sobre la vida de otros hombres?, y ¿cómo es posible que sus semejantes le obedezcan, a veces ciegamente, y le agradezcan por sus consejos?

La respuesta es que ese hombre no es tan común. Lo diferencia de los demás el haber recibido el conocimiento y la experiencia de miles de otros hombres que, como él, exhibían los mismos atributos y trabajaron, lucharon y se desviaron por la humanidad toda. Ellos le inculcaron su saber y también sus limitaciones y le enseñaron a desarrollar conceptos como humildad, comprensión, tolerancia, respeto, entrega, estima, honor, verdad, responsabilidad, esfuerzo, confianza, y muchos otros principios que se podrían resumir en uno solo: **deber**, esencia de la moral y ética médicas.

Y así, a través de los años, los hombres comunes aprendieron a diferenciar a esos semejantes no tan comunes, y los respetaron por su destreza, conocimientos y, además, por su conducta moral y ética. Entendieron que un médico ético no elude esfuerzos para capacitarse, y tampoco vacila en consultar al más sabio. Tanto es así que todas las universidades del mundo destinaron gran parte de su tiempo a inculcar la ética en sus alumnos y la hicieron esencia de la vida del médico: ética con los pacientes, ética con sus pares, ética consigo mismo. Y es esa misma ética la que transforma al hombre común en uno no tan común cuando se gradúa de médico.

Sin embargo, pareciera que últimamente la escala de valores se hubiera tergiversado, que los principios éticos que regularon la actividad médica hubieran sufrido transformaciones complacientes acordes con los intereses del momento, y así vemos que se valoriza más el resultado de una investigación científica que la repercusión humana de la misma, que se jerarquiza la tecnología sobre los sentimientos, que se sustituye al diálogo por los exámenes complementarios, al consejo, por la indicación farmacológica, a la conversación amigable por la relación fría y cronológica, y muchas veces el paciente deja de ser el individuo doliente para transformarse en un número

de la casuística.

¿Hace algo la comunidad o el Estado para revertir estos hechos?

Toda la actividad médica está edificada sobre tres aspectos fundamentales: asistencia, investigación y docencia. Un médico ético debe intentar la máxima excelencia en la asistencia de sus enfermos; para ello debe investigar y estudiar constantemente en busca de mayores conocimientos y, simultáneamente, debe enseñar a las generaciones futuras. Luego, el tiempo útil de un médico debe dividirse en estos tres aspectos y, como es de suponer, el asistencial se reduce.

Es notable que nuestra comunidad no contribuya, no para facilitar, sino para permitir que un médico pueda cumplir con sus funciones éticamente. Entendemos que la situación actual es difícil como para poder patrocinar actividades de investigación, pero si queremos un país libre no podemos atarnos a la peor de las esclavitudes: la dependencia científico-tecnológica. Recordemos a Nehru cuando dijo: "**La India es un país demasiado pobre como para darse el lujo de *no tener investigación***". Tampoco se hace mucho en el aspecto docente, y no es nada ético que un médico intente enseñar en aulas atestadas, en horarios ilógicos, a alumnos que en su mayoría abandonarán la carrera al poco tiempo de iniciada por falta de vocación o, lo que es más grave, por falta de preparación o por haber ingresado a través de una selección inadecuada.

El aspecto asistencial adolece también de severos defectos. No es necesario referirse a la falta de equipamiento o de comodidades mínimas esenciales para los enfermos, sino a algo generalizado en todos los niveles asistenciales: el tiempo de consulta médica. Intereses ajenos al quehacer médico y manejados casi siempre por sujetos carentes de idoneidad en el tema, han creado las jocosamente llamadas consultas "en serie", donde un médico es constreñido a asistir un número determinado de enfermos en un tiempo limitado, y si supuestamente ese médico con principios éticos quisiera extenderse en el tiempo con sus pacientes no podría hacerlo, porque al final de su turno su consultorio deberá ser ocupado por otro médico con iguales limitaciones en tiempo y número de consultas. Obvio es suponer la cantidad de errores diagnósticos y terapéuticos que surgen de este hecho, pero se ha generalizado al extremo de

parecer normal, y sociedad, pacientes y médicos lo aceptan resignadamente.

Sin embargo, muchos médicos intentan con su esfuerzo personal mantener sus principios éticos. Muchos personalmente, o asociándose a otros colegas, compran revistas médicas y libros para actualizarse. A veces intentan concurrir a congresos y otros eventos científicos. Otros dispensan gran parte de su tiempo útil enseñando sin ninguna remuneración. Algunos, más audaces, se asocian para adquirir equipamiento actualizado para beneficiar a sus pacientes. Todo esto hecho con el aporte económico propio. Pero pronto chocan con la realidad, y es que el poco tiempo asistencial que les queda no cubre esos gastos, ya que su retribución está prefijada de la manera menos democrática por un organismo estatal que nunca los consultó, ni a ellos ni a las sociedades científicas que los agrupan, y que por supuesto no pensó en las necesida-

des que los médicos tienen para vivir éticamente con su conciencia.

¿Sabrá el ciudadano que integra nuestra comunidad las limitaciones que tiene el médico para comportarse éticamente? ¿Lo sabrá el funcionario de turno?, ¿o sólo lo recordará cuando se enferme y requiera una asistencia adecuada, aunque una vez sanado lo olvide?

Todos los médicos quieren una medicina ética. Todos han luchado por ello, aunque algunos, ya cansados, parezcan indiferentes. Pero dadas las circunstancias actuales no es posible que la desarrollen solos sin la comprensión del resto de la sociedad. La comunidad toda, su dirigencia y sus organismos responsables, también son partícipes, y deben contribuir al esfuerzo de los médicos por el pronto retorno a los principios éticos, tal como los concibieron nuestros mayores.

**Ricardo J. Esper**